

Incorporación del académico don Antonio Raúl González Montes

*El amor en los tiempos del cólera (1985),
de Gabriel García Márquez.
Entre el amor ilusorio y la pasión terrenal¹*

Sr. Dr. Ricardo Silva-Santisteban, Presidente de la Academia Peruana de la Lengua

Señores y señoras:

En marzo de 2007, en la ciudad de Cartagena de Indias, Colombia, tuve el privilegio de asistir a la ceremonia que organizaron las Academias de la Lengua Española, para ofrecer un múltiple homenaje al escritor Gabriel García Márquez (1927-2014), en el contexto del IV Congreso Internacional de la Lengua Española. Gabo asistió a ese congreso en el cual se celebraron los ochenta años de su edad; los cuarenta de la primera edición de *Cien años de soledad*; los veinticinco del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura. El laureado escritor colombiano, como era de esperarse, pronunció un memorable discurso alusivo a ese histórico homenaje, plétórico de afecto, de admiración y de reconocimiento universal a alguien que ya había alcanzado la inmortalidad en

¹ Discurso de incorporación a la Academia Peruana de la Lengua como Académico de Número, en sesión pública del 27 de mayo de 2015, que se realizó en la Casa Museo Ricardo Palma, ciudad de Lima.

vida. Sus palabras estuvieron cargadas de sabiduría, de magia verbal; pero fue perceptible para todo el atento y numeroso auditorio que en cierto pasaje de su memorable discurso, Gabo se quedó en suspenso y en silencio durante algunos interminables segundos, como si de pronto hubiera enmudecido. Luego de ese brevísimo paréntesis, continuó y concluyó con la elocuencia y aplomo característicos en él. Un zahorí escritor colombiano, Daniel Samper², que había observado ese vacío expresivo del genio de Aracataca, esbozó una explicación acerca de tal evento. En un breve texto periodístico que se publicó por esos mismos días del congreso, señaló que en esos instantes de suspenso y de mudez, Gabo levitó e ingresó al Parnaso para reunirse con Homero, Sófocles, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare y otros inmortales de las letras universales. Cumplido su objetivo retornó al mundo de los mortales para retomar su disertación.

Guardando las distancias y las proporciones, debo declarar que esta noche me siento dichoso en el Parnaso de las letras peruanas, en este recinto inmortal en el que don Ricardo Palma, en persona, tiene la generosidad de recibir en sesión solemne a quienes tenemos el privilegio, inmerecido en mi caso, de incorporarnos como Miembros de Número a la Academia Peruana de la Lengua, fundada por el autor de las peruanísimas y universales *Tradiciones peruanas*³, que todos hemos leído con la delectación con que uno saborea *Las mil y una noches*; *El Decameron*, de Giovanni Bocaccio; el *Libro*

² Daniel Samper Pisano es un destacado escritor colombiano.

³ Alberto Tauro del Pino. *Enciclopedia ilustrada del Perú*, pág. 24.

de buen amor, del Arcipreste de Hita; el *Martín Fierro*, de José Hernández y tantos otros volúmenes maravillosos que por igual seducen a lectores doctos y a noveles degustadores de las joyas literarias. Y este regocijo mío se acrecienta porque también me acompañan, en esta afortunada conjunción de Ricardos, los doctores Ricardo Silva-Santisteban, Presidente de la Academia Peruana de la Lengua; Ricardo González Vigil, Miembro de Número de la misma corporación y los demás académicos que han tenido la gentileza de obsequiarme su tiempo y de honrarme con su presencia.

Es asimismo de estricta justicia que agradezca, de modo personal, a los doctores Harry Belevan, Ricardo González Vigil y Camilo Fernández Cozman. Estos tres distinguidos escritores, en su condición de Miembros de Número de la Academia, y dando pruebas mayúsculas de generosidad me propusieron como candidato para ingresar a esta institución que representa a la cultura peruana y que cuida la identidad y la riqueza de la lengua en que han escrito el Inca Garcilaso de la Vega, el ya citado Ricardo Palma, Manuel González Prada, Abraham Valdelomar, César Vallejo, José María Arguedas, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa, por citar unos pocos nombres. Y por cierto debo reiterar mi gratitud al Dr. Ricardo González Vigil por haber aceptado pronunciar el discurso de recepción que es parte del ritual que estamos cumpliendo esta noche.

Estas palabras de eterno reconocimiento no estarían completas si no mencionara a las instituciones educativas en las que me formé desde los lejanos años de la infancia hasta la etapa universitaria. Por ello,

agradezco en primer término a la Escuela Pre-Vocacional 2906, de la ciudad de Corongo, dpto. de Ancash, donde cursé los estudios primarios. En segundo lugar, expreso mi reconocimiento al glorioso Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe, de Lima, en cuyos claustros centenarios hice mis estudios secundarios. Mi etapa de formación universitaria la viví en dos grandes universidades peruanas a las que aprecio mucho y a las que debo lo que he podido realizar en el curso de mi trayectoria académica y laboral. Comencé mis estudios en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú y concluí mi especialización en Literatura en las aulas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Estas dos casas de estudios, además, no solo me dieron la oportunidad de estudiar con distinguidos maestros; sino que con el paso de los años pude incorporarme, en una y otra, como profesor, en diferentes niveles de la carrera docente. Para mayor fortuna mía, ambas universidades me han publicado algunos de los libros que he escrito, desde mis años de estudiante⁴ hasta la más cercana actualidad. Con la formación que recibí en mi etapa universitaria me sentí con la confianza y las fuerzas necesarias para tocar las puertas de otras casas superiores de estudios, en las que he sido y sigo siendo profesor de cursos de literatura, que es mi especialidad principal. En este cómputo de mi ya larga carrera de docente universitario, recuerdo con afecto

⁴ Agradezco a la memoria del Dr. José Antonio del Busto (1932-2006), historiador y catedrático de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, por haber escrito un hermoso prólogo para un pequeño libro sobre Vallejo que publiqué en 1969, con el auspicio editorial de dicha universidad.

a la Universidad de San Martín de Porres, a la Universidad de Lima, a la Universidad Ricardo Palma, a la Unifé, a la Universidad Nacional Hermilio Valdizán de Huánuco y a la Universidad Nacional Santiago Antúnez de Mayolo, de Huaraz.

Para no extenderme en estas líneas de agradecimiento, declaro mi gratitud a todos mis maestros universitarios y menciono a dos de ellos por la oportunidad que me dieron de aprender de cerca los secretos de los estudios literarios, como especialización que incluye la docencia, la investigación y por cierto la proyección del conocimiento más allá del mundo académico. Uno de esos maestros fue Antonio Cornejo Polar (1936-1997) y el otro, Enrique Ballón Aguirre, que sigue en plena y fructífera labor científica y académica. Mi afecto y cariño a Eliana, mi esposa; Ximena, mi hija, y Kianita, mi nieta. Y mi recuerdo a tres seres queridos que ya no están entre nosotros: Cira Montes, mi madre; Oriol González, mi padre, y María Luisa Mejía, mi primera esposa. Mi agradecimiento especial y cálido a los colegas, amigos y familiares que me acompañan hoy. Entre estos últimos, mis hermanos Juan, Manuel, Yolanda y Arturo.

Entre el amor ilusorio y la pasión terrenal

En 1985, quince años antes del final del siglo XX, Gabriel García Márquez (1927-2014), Premio Nobel de Literatura 1982, nos hizo a sus lectores de todo el mundo un nuevo obsequio literario. Publicó *El amor en los tiempos del cólera*, una vasta y memoriosa obra

narrativa que, desde su propio título, se inscribe en la rica tradición de la novela de temática amorosa, que el nobel colombiano ha cultivado en otros libros, como, por ejemplo, *Crónica de una muerte anunciada* (1981) y *Del amor y otros demonios* (1995⁵). Por cierto, el tópico sentimental también está muy presente en muchos de sus cuentos. Y si solo nos remitimos a la tradición colombiana, viene a nuestra mente el nombre de *María* (1867), emblemática novela del escritor Jorge Isaacs, aparecida exactamente un siglo antes de la primera edición de *Cien años de soledad* (1967), reputada como la máxima creación del inolvidable Gabo, quien siguiendo la tradición de sus pares inmortales (Inca Garcilaso de la Vega, Miguel de Cervantes), dejó este mundo terrenal el 17 de abril de 2014 (hace un poco más de un año), pero su recuerdo no solo se mantiene sino que se acrecienta y seguirá aumentando en los siglos venideros.

Y a propósito de *Cien años de soledad* y de *El amor en los tiempos del cólera*, separadas por dieciocho años de distancia entre la aparición de una y otra novela, no podemos dejar de mencionar la existencia de una polémica entre los muchos lectores de ambas ficciones. Para un gran número de ellos, está fuera de dudas que la primera es la mejor y más perfecta obra literaria de Gabo, mientras otro respetable grupo de conocedores de la prosa narrativa del mago de Aracataca manifiesta preferir las páginas en que Florentino Ariza y Fermina Daza se aman en el tiempo y más allá del tiempo. Que

⁵ Hemos utilizado la siguiente edición para las citas incluidas en estas páginas: Gabriel García Márquez. *El amor en los tiempos del cólera*, 2015.

esta discusión de unos con otros sea un motivo más para volver a visitar los rincones de esos maravillosos y mágicos mundos posibles, instalado el uno en la geografía imaginaria de Macondo y el otro en el espacio legendario de Cartagena de Indias y de otras ciudades de ese ámbito caribeño de nuestra América, como dijera el gran José Martí⁶.

Para concretar estas ideas y aplicarlas a nuestro propósito de visitar una vez más los territorios verbales que integran ese gran país de las palabras que es *El amor en los tiempos del cólera*, diremos que el acceso pleno se da a través de esa operación mágica llamada la lectura, definida por Julio Ramón Ribeyro como la acción que temporaliza la espacialidad (Ribeyro 1975b). En otros términos, mediante la lectura aplicada a cada una de las palabras que integran las páginas de esta vasta ficción recreamos el mundo que el escritor construyó, como lo dijo el propio Gabo, con las veintitantas letras que integran el alfabeto de nuestra querida lengua española⁷. Y así, paso a paso, letra a letra, en amena complicidad, escritores y lectores le otorgamos vida plena a ese sinnúmero de signos gráficos que están estampados sobre la superficie de cada una de las páginas que recorreremos.

El acto de leer, al mismo tiempo, constituye una suerte de viaje, viaje imaginario, inmóvil, pero pleno, vital y transformador, porque al iniciar nuestro

⁶ El crítico peruano Antonio Cornejo Polar prefirió claramente *Cien años de soledad* e hizo un comentario severo a la novela de 1985 (Cornejo Polar 1986).

⁷ Discurso de Gabo, en Cartagena de Indias, en marzo de 2007, con motivo del homenaje al Nobel de Literatura 1982, por sus ochenta años de edad, los cuarenta de la primera edición de *Cien años de soledad* y los veinticinco de haber recibido el Nobel.

periplo abandonamos, sin abandonar, el espacio real en que habitamos, y nos trasladamos, como en un trayecto real, hasta aquel país imaginario en el que viviremos la historia que la novela ha cifrado en sus cientos de páginas y que cobrará existencia real, conforme avancemos, línea a línea, y vayamos visitando dicho mundo posible. Mas si uno ya ha estado antes en ese país narrativo, y ese es nuestro caso, como el de muchos de los lectores que nos acompañan, la nueva visita constituye una experiencia iluminadora, porque la relectura ayuda a apropiarse de ese mundo rico⁸, cual si fuera el país de El Dorado, pues está hecho con el oro incorruptible de una de las lenguas más maravillosas, el español, idioma de tantos genios inmortales que crearon a un lado y al otro de los dos grandes océanos que bañan nuestras tierras, el Atlántico y el Pacífico.

Queremos, por tanto, que nos acompañen en este viaje inolvidable por las tierras maravillosas que Gabo nos legó con la ayuda de su genio creativo. El periplo nos ayudará a recordar y a gozar con las aventuras y desventuras de los personajes centrales y protagónicos de la magna ficción narrativa: Fermina Daza, Florentino Ariza y Juvenal Urbino, trío acompañado por una gran cantidad de personajes que pueblan los capítulos de la novela y se pasean por muchas ciudades, pueblos y parajes de dos continentes, América y Europa, durante un lapso temporal bastante prolongado, pues la obra abarca algunas décadas del siglo XIX y otras

⁸ Gracias a la relectura podemos analizar, interpretar, enjuiciar una obra literaria y producir un nuevo objeto de conocimiento.

más del siglo XX, centurias muy importantes en el devenir de nuestro continente.

Antes de iniciar dicho trayecto, dilucidemos la identidad del narrador que nos permite hacer tan inolvidable camino por un mundo posible original y memorable. Ciertamente, es el gran García Márquez, escritor mágico, quien ha inventado a ese singular arquitecto verbal que es todo narrador, voz potente y autosuficiente que construye, palabra a palabra, las dimensiones infinitas e insondables del universo en el que moran por siempre los seres de la ficción que la imaginación del novelista ha engendrado, con ayuda de todos los recursos, técnicas, figuras que son parte de la rica y milenaria tradición literaria y que se despliegan fluidamente a través de la prosa rítmica e hipnótica que Gabo teje con cada una de las oraciones, párrafos, secuencias, partes y capítulos que configuran el vasto espacio verbal de *El amor en los tiempos del cólera*.

Como toda gran lengua literaria del mundo (a la que pertenece Miguel de Cervantes, el gran creador de la novela moderna), el idioma español ofrece al escritor de ficciones narrativas la posibilidad de elegir un tipo de narrador o más de uno para llevar a buen puerto la tarea titánica de dar vida imperecedera al mundo posible que está creando para disfrute de sus lectores (Moreiro 1996: 144). Situado frente a esa alternativa⁹, GGM ha optado por trabajar con un narrador omnisciente

⁹ En un ensayo dedicado a explicar cómo se realiza el trabajo del novelista, Julio Ramón Ribeyro recurre al concepto de alternativa para indicar que en cada paso que da, el creador de la novela elige una opción y deja de lado otras equivalentes. «Alternativas de un novelista» (Ribeyro 1975a). Nosotros hemos analizado ese ensayo en un opúsculo (González Montes, *Estructura del texto novelístico*).

en tercera persona, al que la narratología, disciplina que estudia todos los conceptos del arte de narrar, denomina el narrador heterodiegético (Reis y Lopes 2005). Se caracteriza porque solo es una voz, no es un personaje que además se encargue de la función de evocar la ocurrencia de los hechos. No, este narrador es invisible y ajeno a los sucesos de la ficción, aunque su conocimiento de los mismos es infinito y en virtud del pacto establecido con los lectores no necesita justificar dicha omnisciencia. Pese a ello y a tener casi el estatus de un dios que todo lo sabe o lo adivina, esta deidad narrativa que se oculta haciendo un uso impersonal del pronombre, busca explicar de qué modo detenta un saber indiscutible sobre todos los aspectos de la ficción. Es lo que también ofrece el narrador de la novela que estamos analizando: relata con total autonomía y autosuficiencia los sucesos novelescos de principio a fin, pero en algunos pasajes y como parte de su trabajo literario alude a ciertos documentos, textos y otros materiales escritos del propio protagonista Florentino Ariza y que podrían ser las fuentes que ha consultado el narrador para dominar en detalle las peripecias vividas por el héroe de la novela y demás personajes de la misma. Además, en algunas pocas oportunidades, este versado creador verbal acude al uso de la primera persona del plural, como cuando alude a «nuestras supersticiones sociales». Estos escasos lapsus técnicos no son tales; con el empleo de ellos, el narrador sugiere su identificación plena con el mundo al que pertenecen los seres a quienes él ha otorgado vida perdurable, al haberlos convertido en personajes de una memorable

novela que recrea un universo ubicado en la región de la costa atlántica de Colombia, aunque los acontecimientos transcurren también en otros espacios alejados de los escenarios caribeños centrales. Por otro lado, debemos considerar lo siguiente: el propio autor ha declarado que para construir esta vasta ficción recurrió, como materiales de base, a ciertos episodios protagonizados por sus propios padres, quienes también padecieron contrariedades similares a las que sufrieron Florentino y Fermina, antes de alcanzar el amor pleno, en su caso, recién en la etapa de la ancianidad.

Después de haber establecido la identidad del narrador, es decir, su condición de conocedor absoluto del mundo ficcional que ha recreado, pero que sugiere haberse basado en ciertos materiales dejados por el propio Florentino Ariza, quien, por cierto, como se recordará, es un empedernido lector y un escritor no menos persistente y aplicado (Shulz-Cruz 1990: 21-34), nos toca enfrentarnos a otra faceta igualmente crucial y decisiva en el accionar diegético de dicho narrador. Con ello nos referimos a que desde antigua data y hoy con renovados argumentos, se considera a este como el responsable de la organización de la estructura narrativa, es decir, como «un hábil organizador, cuya misión consiste en el adecuado ensamblaje de los materiales del relato» (Garrido Domínguez 2009: 667).

En otras palabras, el narrador no solo es el que aporta la historia en sí, que en este caso es amplia y detallada, sino que como una de sus prerrogativas irrenunciables tiene potestad para ordenar las secuencias de la fábula, tomando como primer modelo, el de

la realidad empírica que se rige por la ley de la irreversible sucesión cronológica, según la cual los hechos ocurren una sola vez y guardan entre sí un orden inflexible. En ese hipotético caso, el narrador se cuida de presentar los sucesos tal como se han cumplido en la realidad, unidos, además, por una causalidad, entre cada uno de los hechos representados en el discurso narrativo.

El creador del mundo ficcional que estamos recorriendo, en posesión total y absoluta de la historia que ha decidido contarnos, opta por emplear el modelo no cronológico para darnos a conocerla en su integridad, de modo no convencional, aunque su competencia profesional y artística le permite plasmar finalmente una visión completa de los sucesos, de modo que el lector interesado puede reconstruir la secuencia cronológica de los hechos luego de haber realizado el recorrido no cronológico que le propuso y llevó adelante exitosamente el constructor de este universo ficcional. La libertad artística para respetar o alterar la tiranía del orden cronológico nos lleva a recordar la pertinencia de dos conceptos: historia y trama. El primero alude a los sucesos en sí, encadenados por la cronología, y el segundo, a la facultad del narrador de reordenar la historia, de acuerdo a sus propósitos creativos (Garrido Domínguez 2009: 622).

Eso es lo que ha hecho el responsable de la existencia verbal de la novela ambientada en la mágica región caribeña. Siguiendo el mismo procedimiento empleado en *Cien años de soledad*, la trama asume un plano protagónico al presentarnos primero a per-

sonajes y sucesos que corresponden a una etapa bastante avanzada de la historia. Nos referimos al día en que muere uno de los protagonistas de la ficción, Juvenal Urbino, a los ochenta y un años de edad, unas horas después de haber acudido a dos eventos que tenían que ver con su condición del médico más ilustre de la ciudad caribeña en la que había vivido una existencia privilegiada. En el día de su infeliz deceso, Juvenal tuvo que asistir antes a constatar la muerte de un amigo suyo, un refugiado que se había suicidado el día anterior. Luego de esta ingrata obligación, el prestigioso médico acudió, en calidad de invitado especial, al almuerzo de gala de su discípulo dilecto, Lácides Olivella, quien con ese acto conmemoraba sus bodas de plata profesionales.

El narrador recrea estos hechos con prolijidad y hace suponer que Juvenal Urbino será el personaje más importante de la ficción, pero el propósito de mostrarlo en las páginas iniciales de la ficción obedece a la estrategia de comenzar la narración con un evento trágico para luego retroceder a la evocación de lo que ocurrió mucho antes de aquel memorable día¹⁰. Acaecida la muerte intempestiva de Juvenal, aparecen sucesivamente los dos integrantes del trío de personajes que protagonizan la gran historia de amor que presenta la novela. En efecto, Juvenal había estado casado con Fermina Daza, tuvieron hijos y constituyeron una de las familias más admiradas de la ciudad; y al morir el médico ilustre, su esposa de toda la vida

¹⁰ Similar procedimiento emplea García Márquez en su libro *Crónica de una muerte anunciada*.

cambió de estatus: se convirtió de un momento a otro en la viuda que concitó la atención de toda la urbe.

En esas circunstancias de dolor para ella y del multitudinario ritual del pésame de todos quienes deseaban reconfortar a Fermina; al final del velorio, y cuando la mayoría de los asistentes se había despedido del difunto y de la viuda, y esta se disponía a cerrar la puerta para quedarse sola, descubrió la presencia de:

Florentino Ariza vestido de luto en el centro de la sala desierta. Se alegró, porque hacía muchos años que lo había borrado de su vida, y era la primera vez que lo veía a conciencia depurado por el olvido. Pero antes de que pudiera agradecerle la visita, él se puso el sombrero en el sitio del corazón, trémulo y digno, y reventó el absceso que había sido el sustento de su vida.

—Fermina —le dijo—: he esperado esta ocasión durante más de medio siglo, para repetirle una vez más el juramento de mi fidelidad eterna y mi amor para siempre. (García Márquez 2015: 79)

Esta escena ubica, por primera vez en la trama, a los dos protagonistas de la novela, aunque en el plano de la historia, como lo recuerda el propio Florentino, ellos se habían conocido medio siglo antes; y en esa lejana ocasión, se hicieron enamorados, compartieron un amor ilusorio durante un tiempo, y luego surgieron fuerzas que se opusieron al juvenil idilio. Después, la propia Fermina se desilusionó de su pretendiente, rompió con él y su vida siguió otros caminos. En cambio, Florentino nunca pudo ni quiso olvidarla. He aquí el núcleo de esta relación sentimental que abarca más de medio siglo y que el narrador nos propone seguir a lo largo de

un periplo minucioso, que se remonta hasta la época en que ambos personajes eran dos adolescentes, evoca el inicio del romance y su breve duración, luego recrea con detalle las largas décadas en que Florentino continúa amando a Fermina, mientras ella, algún tiempo después de haberlo desengañado, conoce a Juvenal Urbino, que ha vuelto de París, graduado de médico, lo acepta como enamorado y pasado un período prudencial se convierten en novios y se casan.

El matrimonio dura varias décadas y concluye con la muerte trágica e inesperada de Juvenal, quien en un día aciago, como hemos adelantado, pierde la vida en circunstancias en que pretendía atrapar a su loro que se había subido a un árbol y estaba a punto de escaparse de la casa. Es, pues, la muerte del prestigioso médico el suceso que da a Florentino una nueva oportunidad para insistir en su propuesta amorosa, aunque ambos sean en este nuevo reencuentro dos ancianos y el momento no sea el más propicio. Pero debe aceptarse la impertinencia de Florentino, pues él nunca dejó de pensar en Fermina, y su vida, como veremos, consistió en desear cada día que Juvenal muriera y que él lo sobreviviera, como también su amada de siempre, para que él pudiera realizar su sueño casi eterno de amor con ella. Los lectores sabemos que esta ilusión se cumplió, pero para que eso ocurriera, el perseverante Florentino tuvo que asimilar y sobrellevar el nuevo rechazo que sufrió en la misma noche en que Juvenal fue velado en su casa y su rival secreto acompañó a la viuda hasta que todos se fueran, para reventar, como dice el narrador «el absceso que había sido el sustento de su vida».

Es cierto, y no podía ser de otro modo, que esa noche la negativa de Fermina fue más terminante que cuando aún adolescente cortó las expectativas de su entonces joven pretendiente. Con la ira que sentía por la insolencia de Florentino le dijo: «Lárgate. Y no te dejes ver nunca más en los años que te queden de vida». Volvió a abrir por completo la puerta de la calle que había empezado a cerrar, y concluyó: «—Que espero sean pocos» (García Márquez 2015: 80).

Sola por primera vez, después de medio siglo de compartir la vida con Juvenal, Fermina lloró por todo lo que había perdido aquel día, renunció a la compañía de todos y aun «le rogó a Dios que le mandara la muerte esta noche durante el sueño, y con esa ilusión se acostó, descalza, pero vestida, y se durmió al instante. Durmió sin saberlo, pero sabiendo que continuaba viva en el sueño, que le sobraba la mitad de la cama». Y siguió durmiendo y sollozando durante largas horas hasta que «la despertó el sol indeseable de la mañana sin él. Solo entonces se dio cuenta de que había dormido mucho sin morir, sollozando en el sueño, y que mientras dormía sollozando pensaba más en Florentino Ariza que en el esposo muerto» (García Márquez 2015: 81).

Este último dato del sagaz narrador es un importante guiño para el lector porque insinúa que la intermitente relación sentimental de los personajes no ha concluido, como lo haría suponer la actitud de Fermina, sino que la etapa final de las vidas de ambos aún ofrece la posibilidad de un nuevo y por fin feliz reencuentro, en especial para Florentino, pues este

parece haber llevado la peor parte en toda esta larga y accidentada historia que los lectores seguimos con delectación.

Con el propósito de que sepamos el modo en que los dos protagonistas se conocieron, el memorioso narrador recurre al empleo de la técnica de la analepsis (Garrido Domínguez 2009: 129) para retroceder varias décadas, hasta el momento en que los hilos del poderoso destino unen las vidas de aquellos. Veamos el modo en que nos presenta al entonces adolescente Florentino Ariza. Su perfil es el del prototípico personaje romántico: fue hijo natural de Pío Loayza, fundador de la Compañía Fluvial del Caribe (CFC) y quedó huérfano de padre a los diez años de su edad, sin haber sido reconocido. Por ello, el futuro protagonista solo llevó el apellido de su madre Tránsito Ariza, una mujer que se preocupó por el porvenir de su hijo y lo apoyó en todo, aun en su propósito de conseguir el amor de Fermina.

En las siguientes partes en que está dividida la gran ficción ambientada, en lo esencial, en el Caribe colombiano, asistimos a la recreación narrativa de los sucesos vividos por los tres protagonistas centrales y varios personajes más que pertenecen al mundo posible de la obra¹¹. Empero como es prácticamente imposible registrar en detalle los sucesos que se van encadenando en los tiempos cronológico y narrativo de la novela, nos concentraremos en presentar una síntesis de la gran pasión amorosa que desencadena Florentino y que termina envolviendo a Fermina, una vez que muere Juvenal,

¹¹ El libro se divide en seis capítulos que no están numerados ni tienen títulos.

el personaje que al casarse y vivir largas décadas con la mujer que ambos hombres amaron, impidió que su rival oculto pudiera amar plenamente a quien había venerado siempre, desde que la vio por primera vez.

Tres grandes secuencias

Para dar una visión de lo que fue la devoción sentimental ininterrumpida de Florentino por Fermina, proponemos dividirla en tres grandes secuencias de desigual duración: la primera es la más breve y abarca el encuentro inicial de ambos seres, luego del cual el joven de dieciocho años, deslumbrado por la belleza de la hija de Lorenzo Daza, declara su amor a esta en forma epistolar, tienen un acercamiento muy formal y se convierten en enamorados, aunque casi no se ven directamente en este lapso. Incluso se produce un alejamiento físico después de que Fermina es descubierta por las monjas de su colegio escribiendo una carta para su enamorado, la expulsan y el padre de la joven se entrevista con Florentino a fin de exigirle que se aleje de su hija, pero como este no acepta dicho mandato, Lorenzo Daza lleva de viaje a Fermina y con esta decisión, queda prácticamente rota la relación que recién empezaba. Es cierto que el joven, que conocía a los telegrafistas de la ruta que siguió su amada hasta llegar a casa de su prima Hildebranda, en Valledupar, se las ingenió para mantener correspondencia con su distante enamorada¹², pero cuando esta volvió a la ciudad des-

¹² Esta es una de las peripecias que está inspirada en los amores contrariados de los padres del futuro escritor, según lo ha contado el propio Gabo, *Vivir para contarla*, pág. 70.

pués de un tiempo que le permitió madurar, vio, sin que él la viera, a Florentino y se desengañó de plano y dio por terminada la relación que no había sido muy sólida, sobre todo para ella. Con estos hechos concluye la fase inicial de la relación entre Florentino y Fermina y se inicia el largo período del distanciamiento, que dura varias décadas, en las que ella olvida a su primer amor, y este, en cambio, no deja de pensar en Fermina, pese a que vivió muchas experiencias amorosas con diversas mujeres.

Aunque en esta primera etapa, prácticamente no hubo un contacto directo entre ambos, el narrador se encarga de destacar ciertas cualidades del joven caribeño que son una suerte de contrapeso a su condición de hijo natural, de miembro de un hogar incompleto y de modestos recursos económicos; además, Florentino no es especialmente atractivo y su atuendo contribuye a reforzar su perfil de hombre con apariencia de viejo. En contraste con tales defectos, el protagonista destaca por su dedicación a la lectura y a la escritura. Estas dos elevadas actividades del espíritu las realiza en un hotel donde unas prostitutas atendían a sus clientes, entre los que destaca Lotario Thugut, un simpático personaje que convierte a Florentino en su protegido porque evita que lo boten del trabajo, le proporciona una habitación para que pueda leer, escribir y aun fornicar, pero el joven pupilo de Lotario se resiste a que este lo ayude a iniciarse sexualmente porque quiere permanecer fiel a Fermina.

Para ello se concentra a tiempo completo en la lectura, que se convierte en su vicio insaciable. Lee, en

especial, obras literarias en verso y en prosa, aunque muestra preferencia por el verso de tema amoroso y si es rimado mucho mejor; tanto así que la poesía rimada se constituyó en la fuente original de las cartas dirigidas a Fermina. Empero el ambiente en que saciaba su vicio literario era tan provocador que pese a sus remilgos, Florentino se inició en los secretos del amor sin amor. Su maestra fue una señora ya mayor, que era sabia en materia amorosa y se dio la libertad de instruirlo, sin que él se lo pidiera.

Descartada por las razones ya conocidas, la posibilidad de que Florentino recupere a Fermina, el narrador deja de lado al sufrido hijo de Tránsito Ariza y continúa su trabajo de construcción de la historia ocupándose de tejer los hilos que acercaron al ya citado Juvenal Urbino con la joven que acababa de despedir a su tenaz pretendiente. En estas circunstancias, los sucesos que conoceremos son comparables con los que acabamos de presenciar. En otras palabras, nos encontramos ante la misma situación de acercamiento sentimental de dos personajes que tampoco se han conocido antes, pese a vivir en la misma ciudad. Lo diferente en este caso es que uno de ellos, Juvenal, no es un personaje pobre ni hijo no reconocido de algún ciudadano sin pergamino. Es por el contrario el príncipe azul, el partido ideal para cualquier casadera, pero Fermina no cede tan fácilmente. En este contexto de tensión, el título de la novela, *El amor en los tiempos del cólera*, adquiere un sentido más preciso, porque el citado príncipe azul es un flamante médico titulado en París, de donde acaba de volver y una de sus primeras tareas como vecino

ilustre de su ciudad y profesional de la salud consiste en combatir la feroz enfermedad del cólera morbo, que además ha quitado la vida a su padre, el galeno Marco Aurelio Urbino.

La atmósfera de la enfermedad se extiende al ámbito en el que las vidas de los dos jóvenes se acercan ineluctablemente. Ello ocurre cuando Fermina contrae una supuesta enfermedad y su padre, Lorenzo Daza, no solo convoca a Juvenal para que la cure, también se interesa en que el joven galeno se fije en su heredera. Cabe anotar que su actitud es opuesta a la que adoptó al enterarse del idilio de su hija con Florentino Ariza. En esa ocasión reaccionó airado, encaró al joven enamorado y como este se mantuvo firme en su propósito de seguir con Fermina, Lorenzo cortó el romance llevándose de viaje a su única hija. La explicación a la cambiante reacción del personaje obedece a su propósito de casar a la joven con un buen candidato, a fin de que ascienda socialmente. Y de ese modo él también mejoraría su estatus, considerando que por ser alguien de fuera y cuyos negocios no son muy transparentes, no goza de una buena reputación. Estas son opciones de carácter social y de uso habitual en pueblos y ciudades de nuestros países.

El narrador da cuenta del éxito de la relación de Juvenal y Fermina, suspende su interés por él y retoma el seguimiento del otro protagonista de este singular trío sentimental. La noticia del matrimonio de su amada con el joven médico fue lapidaria para Florentino y lo sumió en una depresión fatal. Para evitarle un mayor dolor, su madre le consiguió un empleo en

Villa de Leyva, una ciudad de ensueño y ubicada a casi tres mil metros de altura¹³. Esta oportuna decisión materna determinó que Florentino realizara su primer periplo importante. Y a propósito de ello es pertinente señalar que el motivo del viaje es recurrente en la novela e involucra a los tres principales protagonistas de la obra. Recordemos que la primera en realizarlo es Fermina junto con su padre y la experiencia resulta enriquecedora para ella porque le permite asumir una madurez de la que dará prueba al volver al punto de partida, romper con Florentino y darle un nuevo rumbo a su destino.

También el viaje por barco que emprende el joven y desengañado personaje es vital y constituye un anuncio del que hará en compañía de Fermina, una vez que esta, ya viuda y reconciliada con su sempiterno pretendiente, decida recorrer el río Magdalena en un ir y venir sin fin, como lo dice el narrador. En cuanto a este primer recorrido, por cierto, por el Magdalena, otro de los espacios de gran trascendencia en la novela, el joven viajero va bien provisto de novelas y de poemarios que espera leer en sus largas horas de recorrido, pero la travesía por el río colombiano más famoso está llena de percances y de aventuras que el pasajero no pensó vivir. En ese aspecto, *El amor en los tiempos del cólera*, constituye una vasta y documentada narración sobre la época en que transcurren los sucesos. El narrador es un gran conocedor de la historia de la región y a lo largo de la novela incluye datos, pormenores, anécdotas, que

¹³ Una valiosa y original novela, *El clon de Borges*, del escritor colombiano Campo Ricardo Burgos López, está ambientada en Villa de Leyva.

ayudan a situar el suceso novelesco en un contexto verosímil y conectado con la evolución que experimenta el espacio colombiano, en unos tiempos caracterizados por grandes inventos y avances en el transporte, el comercio, la arquitectura, los medios de comunicación y otros elementos propios de la era de la modernidad que va cambiando el cariz tradicional de esa parte del universo hispanoamericano.

Ni siquiera la situación política es dejada de lado en el desarrollo de la ficción caribeña. Al apreciar los inicios del viaje de Florentino, los lectores no solo nos enteramos del limitado desarrollo de la navegación fluvial y de la precariedad de los barcos. También se nos recuerda que en esa época, como en *Cien años de soledad*, el país se sigue debatiendo en una prolongada guerra que enfrenta a liberales y conservadores y ello determina que esté prohibida la caza con fusil de algunas especies propias del río. Florentino es testigo de todos estos detalles y sufre las incomodidades, pero sobrelleva su cruz con estoicismo y se dedica a las actividades propias de su temperamento y de su drama personal: leer, pensar en Fermina Daza y escribirle cartas que después rompía.

Mas el viaje en barco, en compañía de hombres y de mujeres de diferentes procedencias también es un ambiente propicio para que ocurran anécdotas de todo tipo. En una de esas noches de luna, en plena navegación y mientras Florentino caminaba distraído, fue jalado por una mano poderosa desde un camarote y, allí dentro y a oscuras, una mujer desnuda lo desvistió a él «y lo despojó sin gloria de la virginidad». Luego

de la fulminante violación «ella yació después un instante sobre él, resollando sin aire, y dejó de existir en la oscuridad. / –Ahora váyase y olvídelo –le dijo–. Esto no sucedió nunca» (García Márquez 2015: 208).

El inesperado suceso causó una conmoción desestabilizadora en Florentino, estableció un antes y un después en su vida íntima, como lo señala el narrador omnisciente, instalado en la mente perturbada, pero feliz de este viajero afortunado. Leamos a través del estilo indirecto libre (Garrido Domínguez 2009: 643) el modo en que el protagonista asimila lo que acaba de vivir:

El asalto había sido tan rápido y triunfal que no podía entenderse como una locura súbita del tedio, sino como el fruto de un plan elaborado con todo su tiempo y hasta en sus pormenores minuciosos. Esta certidumbre halagadora aumentó la ansiedad de Florentino Ariza, que en la cúspide del gozo había sentido una revelación que no podía creer, que inclusive se negaba a admitir, y era que el amor ilusorio de Fermina podía ser sustituido por una pasión terrenal. Fue así como se empeñó en descubrir la identidad de la violadora maestra en cuyo instinto de pantera encontraría quizá el remedio para su desventura. Pero no lo consiguió. Al contrario, cuanto más profundizaba en el escrutinio más lejos se sentía de la verdad. (García Márquez 2015: 208)

Consideramos que en estas meditaciones se encierran algunas de las claves que explican los cambios que experimenta el personaje y que lo ayudan a sobrellevar el vía crucis del amor ilusorio por Fermina, gracias a este sucedáneo poderoso y gratificante de la pasión terrenal y carnal, que él ha vivido aquella noche de

modo fulgurante y determinante. Esta faceta exultante y aún no explorada de su personalidad es la que vamos a apreciar en el desarrollo de la historia, luego de que Florentino llegue a su destino y se regrese en el mismo buque en que había llegado a Villa de Leyva. La decisión de dar una vuelta de tuerca a su pacata existencia se acelera cuando en su ciudad se entera de que mientras él sufre en silencio, Fermina vive su apasionada luna de miel en Europa, en los brazos de Juvenal. En tales circunstancias el joven Ariza, a fin de sobrellevar su pena, resolvió sustituir el amor ilusorio por la pasión carnal y se volvió un consumado seductor que batió todos los récords en cuanto a conquistas amorosas de todo tipo; incluso llegó a sistematizar un método para seducir. Como buen hombre de letras, que también lo era, registró todos estos pormenores en un libro que se llamaba simplemente «Ellas», que iba ampliando al paso del tiempo y a los cincuenta años había acumulado veinticinco cuadernos, con seiscientos veintidós registros de amores continuados, aparte de aventuras fugaces que no anotó.

Por cierto, dado que el narrador muestra un conocimiento detallado de todos y de cada uno de los lances pasionales que protagonizó Florentino, varios de los cuales son sabrosas historias que la novela encierra en sus páginas, cabe suponer que conoció los cuadernos, los leyó y a partir de esos registros elaboró la respectiva versión narrativa para disfrute de los lectores, pues en estas atractivas anécdotas se dan la mano el erotismo, el humor, la picardía y otros ingredientes que García Márquez elige y combina magistralmente

en este libro que él publicó cuando contaba con más de cinco décadas de vida y había acumulado una sabiduría vital envidiable. Tendremos oportunidad de referirnos a algunos de esos breves y deliciosos relatos, sobre todo porque en varios de ellos figuran frases memorables acerca del amor, la experiencia más misteriosa y fascinante que es capaz de vivir un ser humano, porque nos hace conscientes de nuestra doble y contradictoria condición humana: somos mortales inmortales (Coello 2009: 103).

Y como una prueba más de su oficio, el narrador luego de haber mostrado a Florentino en los inicios de su trayectoria de seductor, lo somete a la dura prueba de ver salir de la iglesia a Fermina, del brazo de su esposo. A la vez aprovecha la oportunidad de la escena de felicidad para recurrir, otra vez, a la técnica de la analepsis (el viaje al pasado) y rememorar los sucesos previos a la boda más sonada de la ciudad, apadrinada por Rafael Núñez, filósofo, poeta y cuyo nombre adorna el frontis del aeropuerto de Cartagena de Indias¹⁴. Su condición indiscutida de omnisciente le permite asimismo darnos a conocer los entretelones del viaje en barco a París y de las primeras noches de luna de miel. Recrea la morosidad del acercamiento íntimo de la pareja, la curiosidad de Fermina por los detalles de la anatomía masculina. Ofrece detalles de los momentos íntimos, de la frecuencia de los mismos y de la destreza que alcanzaron cuando llegaron a París. En la Ciudad

¹⁴ Rafael Núñez (1825-1894), poeta y político, fue presidente de Colombia en varias oportunidades. Destacó en las letras y en el derecho, es el autor del himno nacional de su país.

Luz disfrutaron de todo y como la solvencia de Juvenal lo permitía recorrieron varios países de Europa y volvieron cargados de novedades. Como un detalle de la importancia de la literatura para los personajes, se menciona que habían visto a Oscar Wilde. Y en el pasado, en su época de estudiante, Juvenal tuvo la suerte de ver a Victor Hugo muy fugazmente.

De retorno del primer viaje de la pareja a la capital francesa, el narrador retoma a Florentino en el momento en que este ve salir del templo a Fermina embarazada y del brazo de su esposo. En vez de desanimarlo, esta visión lo lleva a ratificarse en su propósito de perseverar en su amor a la hija de Lorenzo Daza. Quizá el paso del tiempo y el comprender que no bastan los deseos, determinan que el persistente enamorado decida hacerse de un nombre y de una fortuna que pueda compararse con la que posee su rival, cuya muerte ruega que ocurra antes que la de él, para que pueda cumplir su sueño de amor pendiente.

Entusiasmado con la idea de ser un hombre respetable y de provecho, Florentino busca trabajo en la Compañía Fluvial del Caribe (CFC), y León XII, directivo de la misma y tío del joven, pues es hermano de su difunto padre, le da una oportunidad. Instalado en el mundo laboral de la navegación fluvial, actividad que asume una gran importancia en la novela, Florentino se ve obligado a desempeñarse como un miembro más de la compañía dirigida por su tío León XII, quien se convirtió en un prócer en su rubro en la época de mayor gloria del transporte ribereño. Florentino en treinta años pasó por todos los cargos y llegó hasta los más

altos. Su tío aprovechó la ocasión para contarle detalles sobre el modo de ser de Pío Quinto Loayza, su hermano y padre de Florentino. Este se enteró de que su progenitor era un concupiscente incorregible, que engañaba a su esposa y llevaba mujeres a su oficina, por lo cual Florentino podría haber sido concebido allí.

Por su propia cuenta, el joven empleado descubrió que su padre también escribía versos de amor. Sus caligrafías se parecían y ambos tenían un alma romántica. Pío Quinto Loayza, el progenitor, había escrito: «Lo único que me duele de morir es que no sea de amor». A su vez, Florentino, que siempre cultivó un estilo lírico, se dedicó de modo profesional a redactar cartas de enamorados y otros tipos de escritos semejantes. Atendía en el Portal de Escribanos¹⁵ y era muy solicitado. Un ejemplo de la diligencia con que realizaba su trabajo es que por circunstancias del azar llegó a escribir las cartas de amor que intercambiaban una pareja de enamorados, sin saber que empleaban a la misma persona. Terminaron casándose. Florentino reunió su producción epistolar de mil cartas en un libro al que llamó *Secretario de los enamorados*. Para prepararlo se basó en todas las situaciones en que él y Fermina se podían encontrar. El voluminoso material quedó inédito, primero porque su madre se negó a darle dinero para la publicación. Y más tarde, cuando él podía financiar la edición, descubrió que las cartas de amor ya habían pasado de moda.

En medio de tantas idas y venidas, la reconquista de Fermina seguía siendo, para Florentino, el objetivo

¹⁵ El Portal de los Escribanos es en el mundo real un lugar muy visitado de la ciudad de Cartagena de Indias, que ha servido de modelo para la construcción del espacio imaginario de la novela.

más importante y duradero de su vida. El resto de su tiempo lo empleaba en su trabajo en la CFC y en realizar sus conquistas de amores callejeros. Su primera experiencia había sido con la viuda de Nazareth, quien dio por terminado su luto con Florentino y convirtió su casa en un nido de amor, en el que recibió al que ella quiso. En realidad, la pasión que compartieron constituyó un aprendizaje para ambos, pues él le enseñó a ella los secretos que vio realizar en el hotel de prostitutas donde vivió. De ese modo la liberó de su timidez y la volvió «puta», como dice el narrador. La convenció de que las personas vienen al mundo «con sus polvos contados, y los que no se usan por cualquier causa, propia o ajena, voluntaria o forzosa, se pierden para siempre» (García Márquez 2015: 220). Finalmente se distanciaron, pero uno y otra emplearon lo aprendido para promover su vida sexual.

Después de este inicio auspicioso en las lides de la pasión terrenal, Florentino llevó adelante una exitosa carrera de consumado seductor. Cada una de las aventuras eróticas está contada con el arte insuperable de un eximio conocedor de las artes amatorias como es García Márquez. En esa relación debemos mencionar el encuentro de Florentino con Ausencia Santander, una mujer separada, de casi cincuenta años, que tenía como amante a Rosendo de la Rosa, un capitán de buque fluvial, quien sin pensarlo dos veces llevó a Florentino a la casa de la amante para compartir un almuerzo. El capitán, un bebedor sin medida, se acabó la damajuana y antes de que se sirviera la comida se fue de bruces y se quedó dormido como un lirón. Florentino y Ausencia no desaprovecharon esta oportunidad de oro y

en un fogonazo de inspiración que los dos le agradecieron a la conjunción de sus astros, se desvistieron ambos en el cuarto de al lado sin ponerse de acuerdo, sin sugerirlo siquiera, sin proponérselo, y siguieron desvistiéndose siempre que podían durante más de siete años, cuando el capitán estaba de viaje. (García Márquez 2015: 254)

Se habían convertido en amantes, con la complicidad involuntaria del capitán, y vivieron una relación erótica muy intensa, que es evocada con la prosa magistral del narrador, que recrea sobre todo los prolegómenos y los momentos más gloriosos del encuentro pasional, marcados, sobre todo por la voracidad de la amante que dejaba exhausto a Florentino y le hacía pensar que no era más que un instrumento de gozo. «Decía: Me tratas como si fuera uno más». Ella soltaba la risa de hembra libre, y decía: «Al contrario: como si fueras uno menos».

Su faceta de escritor de poemas y de competidor en los juegos florales de poesía también le dio la ocasión de seducir a Sara Noriega, una gorda feliz, poeta como Florentino y sabia en el amor. El organizador de este certamen lírico era nada menos que Juvenal Urbino, y Fermina Daza colaboraba abriendo los sobres y anunciando los nombres de los ganadores. Por cierto, ninguno de los dos participantes ganó el premio, pero se unieron en la protesta contra el ganador, un chino, cuyo triunfo despertó sospechas. Concluida la ceremonia y calmados los ánimos, abandonaron el local, iniciaron la conversación y simpatizaron tanto que esa misma noche terminaron en la casa de ella, se hicieron amantes de inmediato y mantuvieron ese vínculo por varios años. Sus sesiones amorosas estaban matizadas por los

poemas que a Sara le gustaba declamar y también por la presencia de ciertas costumbres un tanto extrañas que a ella le placía exhibir. A Florentino le agradaba recordar una de las muchas sentencias que su amante había creado acerca de la naturaleza del amor. He aquí la frase: «Amor del alma de la cintura para arriba y amor del cuerpo de la cintura para abajo». Según puede verse, Sara Noriega, la «gorda feliz» era amiga de elaborar simetrías relacionadas con la singularidad anatómica del ser humano, teniendo como eje la cintura del cuerpo.

Luego de este breve repaso de las historias más apasionadas de Florentino, retornemos a la muerte accidental del esposo de toda la vida de Fermina, pues se abren las posibilidades de reconquistar por fin y para siempre a la esquiva hija de Lorenzo Daza y viuda reciente del médico más ilustre de la ciudad.

Para cumplir con su propósito de toda la vida, Florentino invita a Fermina a hacer un viaje de descanso por el río. A ella le interesaba, pero tenía cierto temor y como él reiteró la invitación, la viuda de Urbino la aceptó como posibilidad. Su anfitrión le dijo que sería huésped de honor y le ofreció todas las comodidades. El proyecto se concretó un poco después y como lo resalta el narrador, un siglo después de iniciada la navegación fluvial por J. B. Elbers, en 1824, Fermina comenzó su viaje un 7 de julio de 1924, en un buque llamado *Nueva Fidelidad*, que tenía de todo, incluso una habitación de lujo, el camarote presidencial, en el que habían viajado tres presidentes. Florentino lo había mandado a construir porque pensó que tarde o

temprano iba a ser refugio feliz para su viaje de bodas con Fermina.

Y en efecto así lo fue, aunque el día de la partida el hijo de la viuda, al momento de la despedida se dio con la sorpresa de que su madre no viajaba sola sino en compañía de su anfitrión. Ante esta realidad no le quedó sino aceptarla y despidió resignado a los viajeros, a la vez que les deseaba un feliz viaje. Es, pues, en el buque, desde la primera noche y luego paulatinamente que Florentino, asumiendo con realismo, y para todos los efectos, su ancianidad y la de su pareja, pudo concretar plenamente su ideal de toda la vida. En esos días y en esas noches, se produjo un acercamiento y una fusión de la que ambos disfrutaron y aprovecharon para estar más unidos, como no lo habían estado en el transcurso de tantas décadas. Se amaron con serenidad, superaron diversos percances (el buque se quedó sin combustible, Fermina perdió la audición del oído izquierdo) y al cabo de once días de navegación el capitán les anunció que estaban llegando al punto final del recorrido.

Después de haber navegado el gran río Magdalena de subida y de haber disfrutado de la felicidad luego de más de cincuenta años de espera por parte de Florentino, el buque *Nueva Fidelidad* los traía de retorno al punto de partida. Preocupado porque volver a la ciudad implicaba dar por terminado el viaje del amor, Florentino abordó con el capitán el problema de los costos de la navegación, este le informó que en la ida se obtenían ganancias, por la carga, y de bajada, pérdidas porque ya no había carga sino muchos pasajeros. Con

esta información, Ariza preguntó si se podía navegar sin carga ni pasajeros y sin tocar ningún puerto. El capitán señaló que era muy difícil por los contratos que tenía que cumplir la CFC. Solo en caso de peste cabía esa hipótesis. Y en ese caso, el buque se declaraba en cuarentena, se izaba la bandera amarilla y se navegaba en emergencia. Había antecedentes de esos casos por la aparición del cólera y otras epidemias.

Con la información recibida, Florentino ordenó viajar de ese modo excepcional. Y esta opción refuerza y justifica el sentido del título de la novela, pues queda claro que Ariza se vale de las condiciones de excepción que trae consigo la aparición del cólera para hacer que el amor imponga sus exigencias y no se someta a las restricciones de la realidad prosaica. Cumplidos los requisitos para que *Nueva Fidelidad* zarpe el río Magdalena sin causa para ser obligado a detenerse, la bandera amarilla comenzó a flamear en el buque y el capitán pudo navegar rumbo a puerto Nare para recoger a Zenaida Neves, su pareja.

Con la presencia de las dos parejas, el viaje siguió en una atmósfera de complicidad y de fiesta. Florentino y Fermina llegaron a un alto grado de compenetración. Parecían cónyuges de toda la vida. Ariza tocó en su violín «La diosa coronada» y ello creó una atmósfera positiva, pese a sus nostalgias. En la víspera de la llegada hicieron una fiesta, tomaron mucho y se amaron de modo tranquilo, lo que iba a constituir un «recuerdo hermoso de aquel viaje lunático». Y para apreciar el modo en que Florentino vivió y valoró esta experiencia, nada mejor que transcribir lo que pensaba, por supuesto

a través de la prosa insuperable de este narrador que cual piloto consumado ha seguido hasta el final el viaje de estos dos navegantes del amor. Leamos:

No se sentían ya como novios recientes, y menos como amantes tardíos. Era como si se hubieran saltado el arduo calvario de la vida conyugal, y hubieran ido sin más vueltas al grano del amor. Transcurrían en silencio como dos viejos esposos escaldados por la vida, más allá de las trampas de la pasión, más allá de las burlas brutales de las ilusiones y los espejismos de los desengaños: más allá del amor. Pues habían vivido juntos lo bastante para darse cuenta de que el amor era el amor en cualquier tiempo y en cualquier parte, pero tanto más tenso cuanto más cerca de la muerte. (García Márquez 2015: 491)

Concluido el recorrido, ingresaron al puerto, dialogaron con la sanidad y luego salieron a la bahía. Florentino ordenó seguir derecho hasta la Dorada. Y cuando el capitán preguntó hasta cuándo iban a prolongar la navegación, Ariza dijo: toda la vida. Había esperado cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches para pronunciar esa respuesta. Y así concluye esta novela, con el triunfo del amor persistente, encarnado en la figura de Florentino, un héroe discreto, un romántico, al modo de don Quijote (Coello 2009: 103), que alentó a lo largo de su vida el sueño de alcanzar el amor pleno de Fermina y lo consiguió después de más de medio siglo de paciente espera.

Con esta obra, el nobel colombiano ha realizado un gran aporte a la tradición de la novela amorosa del siglo XX, con una historia singular que se prolonga durante más de medio siglo y que cubre sucesos de dos siglos.

Como un detalle curioso, cabe señalar que *El amor en los tiempos del cólera*, ficción que enaltece la opción del amor constante y persistente, guarda algunas semejanzas con la novela *Travesuras de la niña mala* (2006), del nobel peruano Mario Vargas Llosa, en la que también se evoca una historia de amor que dura varias décadas. Ricardo Somocurcio, un joven limeño se enamora de por vida de una joven, Otilia, a quien luego de conocer en Miraflores, persigue por varias ciudades de diferentes países en un lapso que compite con la ficción de García Márquez. Quede para otra ocasión el realizar un análisis comparativo de estas dos grandes novelas de amor. El habernos concentrado en esta ocasión en *El amor en los tiempos del cólera* es una invitación para que nuestros oyentes retornen a ella para vivir o revivir la magia interminable de este gran libro.

Bibliografía

BURGOS LÓPEZ, Campo Ricardo. *El clon de Borges*. Bogotá, Edición del autor, 2010.

CHANOVE, Oswaldo. «El secretario del amor», en *Debate*. Revista Bimestral. Marzo. N° 37. Lima, 1986, pág. 72.

COELLO, Óscar. «Alonso Quijano y Florentino Ariza o el amor como acto de fe», en *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*. Vol. 48. Julio-diciembre. N° 48. Lima, 2009.

CORNEJO POLAR, Antonio. [Reseña], en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XI. 1.º semestre. N° 23. Lima, 1986, pág. 162.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Vivir para contarla*. Bogotá, Editorial Norma, 2002.

_____. *El amor en los tiempos del cólera*. Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio. «El texto narrativo», en *El lenguaje literario. Vocabulario crítico*. Madrid, Editorial Síntesis, 2009.

GONZÁLEZ MONTES, Antonio. *Estructura del texto novelístico*. Lima, Latinoamericana Editores, 1987.

MARTOS, Marco. «García Márquez: intensidad y sabiduría del amor», en *El zorro de abajo*. N° 4. Lima, 1986, p. 65.

MOREIRO, Juan. *Cómo leer textos literarios*. Madrid, Edaf, 1996.

NAVAJAS, Gonzalo. «*El amor en los tiempos del cólera*: El anticanon de la modernidad en Gabriel García Márquez», en *Revista de Estudios Colombianos*, Universidad de Colorado, 1991.

QUINTANA TEJERA, Luis. «El olor de las almendras amargas. Ensayo de interpretación del universo narrativo de *El amor en los tiempos del cólera*», en *Tres perspectivas de análisis en el marco de la obra de Gabriel García Márquez*. México, D. F., Plaza y Valdés, 2002.

REIS, Carlos y A.M. LOPES. *Diccionario de narratología*. Salamanca, Ediciones del Colegio de España, 2005.

RIBEYRO, Julio Ramón. *La caza sutil*. Lima, Editorial Milla Batres, 1975a.

_____. *Prosas apátridas*. Barcelona, Tusquet Editores, 1975b.

SCHULZ-CRUZ, Bernard. «La vocación de la escritura en *El amor en los tiempos del cólera*», en *INTI, Revista de Literatura Hispánica*, 1990, págs. 21-34.

TAURO DEL PINO, Alberto. *Enciclopedia ilustrada del Perú*. Lima, Peisa, 1987.